

PLURALISMO RELIGIOSO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

En el diálogo interreligioso, como en cualquier ámbito de la reflexión teológica, resulta ineludible tener en cuenta lo que nos dice la Escritura. Ahora bien, a primera vista no parece que el Antiguo (o Primer) Testamento ofrezca perspectivas muy abiertas sobre el diálogo con las otras religiones. Esta es, como mínimo, la opinión corriente que se tiene sobre el tema. La unicidad de Yahweh, Dios celoso que no tolera el culto a los otros dioses, a los cuales, con el tiempo, se les niega incluso su carácter divino, no parece otorgar mucho espacio a una visión positiva de las otras religiones. Sin embargo, como sostiene el autor de este artículo, ni esto es todo lo que el Antiguo Testamento tiene que decirnos sobre el tema, ni se puede prescindir del contexto a la hora de enjuiciar determinadas enseñanzas de los escritos veterotestamentarios.

Religious Pluralism in the Old Testament, Vidyajyoti 64 (2000) 834- 844

Introducción

Resulta difícil encontrar elementos de pluralismo religioso en el AT. La mentalidad y la visión del mundo del AT eran diferentes de la nuestra. No podemos esperar que se hagan el tipo de preguntas que nosotros nos hacemos. Pero, sin embargo, vale la pena ver cómo los teólogos inspirados del antiguo Israel miraban las religiones de sus vecinos.

El AT es objeto de generalizaciones, a veces contradictorias. Se olvida que, desde el siglo décimo, el tiempo del imperio de David y Salomón, hasta la revolución macabea en el s. II a.C., el pensamiento del antiguo Israel fue desarrollándose. Algunas de estas generalizaciones consisten en afirmar que el AT representa la ley y el NT, la gracia; que la quintaesencia del AT es la ley del talión (Ex 21,24; Dt 19,21b), mientras que el NT defiende el amor; que el AT consideró Israel como el pueblo elegido, mientras que las otras naciones eran destinadas al rechazo y a la perdición; o, finalmente, que el AT mantiene el monoteísmo desde el principio y niega cualquier carácter divino a los dioses de las naciones.

Investigaremos históricamente este último problema. Así podremos valorar mejor el desarrollo del pensamiento de Israel en los siglos que van desde Moisés hasta la era pre-exílica y post-exílica.

El Yahweh de Israel y los Dioses de las Naciones

Josué, al mando de Israel tras la muerte de Moisés, después de haber conducido a los israelitas a la tierra de Canaán, se dirigió a ellos y a los grupos de Canaán que no habían participado en el Exodo, pero mostraban interés en unirse a la comunidad de Israel, entendida como una teocracia bajo la bandera de Yahweh, con estas palabras: Ahora, pues, temed a YHWH, y servidle perfectamente, con fidelidad; apartaos de los dioses a los que sirvieron vuestros padres más allá del Río y en Egipto y servid a YHWH. Pero,

si no os parece bien servir a YHWH, elegid hoy a quién habéis de servir: a los dioses a quienes servían vuestros padres más allá del Río o a los dioses de los amorreos en cuyo país habitáis ahora. Yo y mi familia serviremos a YHWH. (Jos 24,14-15)

Nótese el contraste entre los dioses de otras naciones, cuyos nombres de acuerdo con la teología del AT ni se mencionan, y el Dios de Israel, cuyo nombre YHWH se menciona en hebreo. El texto se refiere a los dioses de Egipto, de Canaán y de Mesopotamia. Lo más sorprendente es que Josué dice que los antepasados de Israel, es decir, los patriarcas y las generaciones que vivieron en Egipto, eran politeístas.

El Libro de los Jubileos, más tardío, muestra a Abraham como un creyente monoteísta en Yahweh, harto del politeísmo e idolatría de los babilonios, abandonando disgustado el país. Al fracasar sus esfuerzos por convertir a su padre Terah de la idolatría, y sin miedo a las terribles consecuencias, se levantó de noche y quemó la casa de los ídolos. Haran, hermano de Abraham (cf. Gn 11, 26), intentando apagar las llamas, es consumido por ellas. Terah, Abraham y sus hermanos abandonan Ur de los caldeos y se dirigen a la tierra de Canaán (cf. Jub 12,1-15).

Según el yavista, Abraham era un adorador de Yahweh (cf. Gen 12,1ss), pero no se menciona para nada el monoteísmo. La creencia en Yahweh fue introducida en Israel por Moisés siglos después. El autor sacerdotal, de todos modos, hace de Abraham un adorador de El Shadday, Dios de los patriarcas (cf. Gen 17, 1). El nombre de YHWH como Dios de Israel será citado por él solo después de la revelación a Moisés en el Sinaí (cf. Ex 6, 1-3).

En el libro de Josué se mencionan los dioses egipcios, amorreos y mesopotámicos. Y se da la opción de adorar cualquiera de ellos. Josué y su familia han optado por Yahweh y la alianza con el Dios de Israel. Esto implica el rechazo de otros dioses. Por su parte, Elías desafía los vacilantes Israelitas a hacer una opción fundamental entre Baal o Yahweh (cf.

1R 18,20-21). En este caso también el profeta pide a los profetas de Baal que aclamen a su Dios como el aclamará a su propio Dios, Yahweh (cf. 1 R 18, 24). Por supuesto, nos resulta chocante cómo menosprecia al dios de los profetas de Baal (cf. 1 R 18,27).

Localización territorial de los dioses

En el antiguo próximo oriente cada nación tenía su propio Dios, cuya jurisdicción estaba confinada a los límites de la nación en cuestión. Astarté era la deidad de los sidonios; Kemosh, de los moabitas; Milcom, de los amonitas (cf. 1R 11,33); y Beelzebul, el dios de Ekron, en territorio filisteo (2R 1,2). Jeremías se lamenta de que Israel haya cambiado su alianza con Yahweh por otros dioses: "¿es que una nación ha cambiado sus dioses? -¡aunque, de hecho, no lo son!-. Pero mi pueblo ha trocado su Gloria (Yahweh) por algo que no es de provecho (Baal)" (Jr 2,11). El inciso ("aunque, de hecho, no lo son") parece una glosa posterior pues, por un lado, rompe el ritmo del texto y, por otro, es una reflexión de la teología post-exílica que niega cualquier valor ontológico a los ídolos de las naciones (cf. Is 44, 9- 20).

En el período pre-exílico no se planteaban negar realidad ontológica a los dioses de las otras naciones. Con la entrada de la princesa de Tiro, Jezabel, hija de Ethbaal y esposa de Ahab, la religión de Baal invadió Israel. Incluso Yahweh fue considerado como un baal más. David se duele de tener que abandonar Israel, la "heredad de Yahweh", al huir de Saúl, porque en el exilio tendrá que servir a "otros dioses" (cf. 2 S 26, 19). Ruth abandona Moab y va a vivir a Bethlehem de Judá con su suegra Naomi: "Tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios" (Rt 1,16). O sea, Kemosh, el dios de Moab, no tendrá ya jurisdicción sobre ella. El Deuteronomio predice que en el exilio los israelitas tendrán que servir a dioses hechos por manos humanas, de madera y piedra (cf. Dt 4,28). Por esto el salmista no puede cantar la canción del SEÑOR en Babilonia.

Así como los israelitas debían respetar los dioses de los babilonios mientras vivieran en esa tierra, los pueblos de Mesopotamia, deportados hasta Samaría desde Babilonia, Cuthah, Avva, Hamath y Sepharvaim, se dieron cuenta de que sus propios dioses no les podían ofrecer protección de los leones de Samaría que Yahweh les había enviado y han de acudir a los servicios de un sacerdote israelita exiliado que los inicie en el culto a Yahweh. Los profetas enseñarán por primera vez que Yahweh es el soberano de todo el mundo (Za 6,5). Obviamente todos creían que ni Succoth-benoth, el dios de Babilonia, ni Nergal de Cuthah, ni Ashima de Hamath, ni Nibhaz y Tartak de los avvitas, ni Adramelech, el dios de Sepharvaim, tenía ninguna jurisdicción en la tierra de Yahweh. No debemos interpretar los textos primitivos a la luz de los textos post-exílicos.

Jurisdicción personal de los dioses nacionales

En los tratados, cada parte contratante tenía que invocar su propio dios, pues el dios de una parte no tenía jurisdicción sobre el de la otra, como puede verse en los tratados internacionales de los hititas. Tenemos dos versiones del tratado que acordó Hattusilis, rey de los hititas, con Ramsés II de Egipto, el faraón del Exodo. En la versión hitita se citan, como garantes del acuerdo "un millar de dioses de la tierra de Hatti junto a un millar de dioses de la tierra de Egipto". La versión egipcia menciona a Ra, "dios del sol", como garante por parte egipcia, y "el dios de la tormenta" por parte hitita. En el tratado de paz entre Jacob y Laban, ratificado en Mizpah de Gilead: Jacob jura por el Dios de Abraham y Laban, por el Dios de Nahor (cf. Gen 31,43-54).

Implicaciones de "el primer mandamiento del decálogo"

El primer mandamiento del decálogo dice lo siguiente: "no habrá para ti otros dioses delante de mí". El texto hebreo es de difícil traducción. "Otros dioses" está en plural y el verbo, en singular. ¿Debe traducirse el plural gramatical 'elohim "Dios" o "dioses"? El segundo problema es la frase 'al panay. La palabra hebrea con la forma plural gramatical panim puede traducirse como "cara" o "presencia". A menudo, se hace referencia a la presencia de Dios en el culto. En tercer lugar, ¿cómo traducir la preposición 'al? ¿Significa "antes", "además de" "en oposición a mí", "para mi desventaja" o "contra mí"? Desde el principio quedó claro para los israelitas que Yahweh no admitía ni un consorte ni un competidor. El contexto es claramente de culto y de alabanza. Ningún ídolo ni otro dios será puesto en el santuario de Yahweh, que pide un culto exclusivo. Pero, si se mantiene a los competidores de Yahweh fuera del santuario, entonces a los dioses de las naciones se les da algún status, al menos implícitamente. Por esto no

podemos poner este texto en paralelo con Is 45, 6.14.21 que niega claramente cualquier realidad ontológica a los dioses de otras naciones.

Unicidad más que unidad de Dios

Dos textos hablan claramente de la unicidad de Yahweh en comparación con los otros dioses de las naciones. En el primero, uno de los más antiguos de toda la Biblia hebrea, la canción de Moisés (Ex 15; especialmente el v. 11), el cantante se regocija en Yahweh que destruyendo el ejército del faraón liberó a los hijos de Israel. Se acentúa la unicidad de Yahweh en comparación con otros dioses, a los que, sin embargo, no se les niega ni se les priva de su carácter divino. Todo esto se da por supuesto. Un salmo tardío también alaba la unicidad de Yahweh en términos muy similares, casi idénticos: es el salmo 113 (cf. el v.5). No se menciona a los dioses de las naciones, pero obviamente el salmista no está comparando a Yahweh con ningún ser humano terreno. Se habla tanto de su trascendencia como de su inmanencia, es decir, de lo que Dios hace en el cielo (cf. v. 6) y en nuestro mundo (cf. vv.7-9).

La prohibición del Deuteronomio: ¿historia o ideología?

La inhumana intolerancia del Deuteronomio hacia las otras naciones, así como la teología de la elección, son consideradas elementos típicos de la teología israelita y algo inaceptable para los modernos. Debemos referirnos a ello al tratar del pluralismo en la Biblia, investigando su historicidad e intentando averiguar sus intenciones ideológicas. El Deuteronomio no tiene un origen mosaico sino que es un libro posterior, probablemente del s. VIII o VII. a.C. En su forma original, fue descubierto en el reinado de Josías alrededor de 627 a.C. (cf. 2R 22- 23). Probablemente facilitó a Josías la ideología necesaria para derrocar el odiado yugo asirio que pesaba sobre Israel, tanto en el Norte como en el Sur. Aprovechándose de la inactividad de los asirios, Josías intentó conseguir la libertad y restablecer el antiguo reino de David. Esta teología del Deuteronomio se encuentra en el libro de Josué, quien se supone que había conquistado y sometido Canaán por completo en dos guerras relámpago. Los cananeos tenían carros de hierro y estaban en la edad del hierro mientras que los esclavos israelitas, provenientes de Egipto, todavía estaban al final de la edad del bronce. En el libro de Josué se proyecta el tiempo de Josías, e incluso el de David, quien fue el primero en establecer un imperio. Posiblemente, no fueron los esclavos israelitas invasores quienes implantaron la teología de la prohibición (cf. Dt 7, 1-6). Sólo eran capaces de llevar a cabo algún tipo de guerra de guerrilla.

En este tiempo, el sometimiento político implicaba que la nación conquistada tenía que adorar los dioses del conquistador. Cuando Josías se deshace de todos los objetos de culto que los asirios impusieron a los israelitas en el Templo, de hecho se declara independiente del tirano (cf. 2R 16,10). Por ello, es a los asirios a quienes se impone la prohibición, no a los habitantes originales de Canaán en el tiempo de la conquista.

Todo esto explica este fenómeno y su historicidad. No defendemos la teología de la prohibición, según la cual los seres humanos deben ser exterminados, por lo menos ideológicamente. Los santuarios locales habían adoptado la práctica de la prostitución cultica. Josías abolió todos estos centros y pidió a la gente que frecuentara sólo el

santuario central de Jerusalem (Dt 12) al que, sin embargo, no se menciona por su nombre. La religión cananea adoptó la prostitución cültica y los sacrificios humanos, practicados a veces, aunque no oficialmente (cf. Jc 11,29-40; 1R 16,36; Mi 6,7). El Deuteronomio prohibía también todo tipo de magias y artes ocultas (Dt 18). Dichas prácticas cülticas eran llamadas "abominaciones de las naciones" (Dt 18,9).

Se podría pensar que el Deuteronomio está absolutamente cerrado a otras religiones y culturas. Pero esto no es del todo cierto. El Deuteronomio quiere evitar lo degradante para el ser humano, y lo que hace de Dios una caricatura manipulable. Hoy es un dogma aceptado en la exégesis del AT que la categoría teológica más importante de la Biblia es la de alianza. Dicha teología se remonta a los hititas. Pero al leer la sección de maldiciones parece como si el Deuteronomio estuviera más influenciado por las tardías maldiciones de tratados asirios, las cuales sobrepasan en número a las bendiciones del acuerdo (cf. Dt 28). Como las religiones de Canaán y Asiria tendían a la magia, el Deuteronomio las rechazó por completo. En lugar de identificar a Dios con los procesos naturales, como hacía el baalismo con sus ritos de fertilidad y prostitución cültica, el Deuteronomio describía al Dios de Israel como un legislador trascendente que manifestaba su voluntad a Israel pero que no tenía forma (cf. Dt 4,12-13). Esta es la base de la religión an-icónica de Israel, una religión que prohíbe las imágenes, y de la importancia que otorga el Deuteronomio al segundo mandamiento.

La actitud del deuteronomista hacia los pueblos vecinos no es uniforme. Su actitud hacia los amonitas y los moabitas es negativa porque no ayudaron a Israel en su marcha hacia Canaán. Por eso no son admitidos en el qahal (asamblea cültica) de Yahweh (Dt 23,4-7). La autenticidad del texto, sin embargo, ha sido cuestionada por ser una proyección del tiempo de Nehemías. El texto original ha sido elaborado con el paso del tiempo. Por otra parte, el deuteronomista se halla bien dispuesto para con los edomitas, hermanos de Israel (Dt 23,8), y con los egipcios, en cuyo país encontraron los israelitas asentamiento. De manera que Israel no considera detestables, o sea cülticamente impuros (Dt 23; 8-9), a estos dos pueblos.

La llamada Canción de Moisés (Dt 32), que no forma parte del libro original del Deuteronomio, no considera a Yahweh un Dios partidista a favor de Israel, pues también ha dado una herencia a las naciones no israelitas (Dt 32,8).

Pluralismo religioso explícito

En la visión escatológica de Is 2,1-5 y de Mi 4,1-3 no se da un pluralismo de religiones propiamente dicho. Más bien, se espera que todas las naciones se unirán a la comunidad de Israel. Tampoco hay desprecio o rechazo de las otras naciones. Todo esto se encuentra en relación con el universalismo de la salvación del segundo y tercer Isaías (cf. Is 49,6; 56,7; 66,23), donde se afirma que el nuevamente reconstruido Templo será casa de oración para todas las naciones.

El profeta Sofonías cree que Yahweh "destituirá a todos los dioses de la tierra. Ante El se postrarán todas las costas e islas de las naciones" (So 2,11). Sigue diciendo que Yahweh "purificará los labios de los pueblos, para que invoquen todos el nombre de Yahweh, y le sirvan bajo el mismo yugo" (So 3,9). El profeta Miqueas da un paso más. Es tolerante con el culto de las naciones, quienes tienen el derecho de adorar a Dios a su

manera: "todos los pueblos caminan cada uno en el nombre de sus dioses, nosotros caminamos en el nombre de Yahweh, nuestro Dios" (Mi 4,5).

Pero es el profeta Malaquías quien, además de condenar los abusos de los sacerdotes en el Templo de Jerusalem, formula el elogio más grande, no a Israel, sino a las naciones del mundo. Israel sostenía que Yahweh era su padre, pero su comportamiento traicionaba su propio pensamiento. "El hijo honra a su padre, el siervo a su señor. Pues si yo soy padre, ¿dónde está mi honra?" (Mi 1,6). Los sacerdotes israelitas desprecian el nombre de Yahweh y sus ofrendas ante él son impuras. Y por eso Yahweh está harto de ello (cf. Mi 1,7-10). Son las otras naciones las que ofrecen ofrendas puras a Yahweh y le honran, afirma el profeta. "Desde oriente a occidente grande es mi nombre entre las naciones, y en todo lugar se ofrece a mi nombre un sacrificio de incienso y una oblación pura. Grande es mi nombre entre las naciones, dice Yahweh Sebaot" (Mi 1,11).

Conclusión

Difícilmente puede encontrarse un pluralismo religioso en la religión del Antiguo Israel. Pero es también injusto fijarse sólo en una tendencia del pensamiento bíblico, supuestamente intolerante con las otras religiones, y pasar por alto a otros escritores que no participaban de esta manera de pensar. Habría que evitar generalizaciones y absolutizaciones de cualquier tipo. Israel estaba abierto a otras religiones y culturas, adoptó y adaptó cualquier visión y práctica que encontró. Pero no aceptaba nada que fuera en detrimento de la libertad del ser humano o que dañara la sublime idea de Dios que tenía.

Yahweh, que al principio parecía un Dios partidista, será visto como el Dios de todo el mundo y el Señor de la historia, interesado no sólo por su propio pueblo, sino también por la prosperidad de todas las naciones. No sólo desea que todas las naciones sean invitadas a unirse a la comunidad de Israel: éstas tienen el derecho de adorar a Dios a su manera. Dios acepta las oblaciones puras de las naciones y rechaza las ofrendas impuras de Israel (Mi 1,11-14).

Tradujo y condensó: MANUEL HERNÁNDEZ